

Alocución de Alejandro Jara Lazcano con motivo de recibir
la medalla por 65 años de vida masónica ininterrumpida

La medalla por 65 años de vida masónica ininterrumpida, que acabo de recibir, es un nuevo honor que me otorga la Gran Logia de Chile. Le agradezco muy sinceramente esta distinción, que no tiene otra justificación que mi larga e inquebrantable devoción a los nobles ideales que sustenta la Francmasonería.

En mis meditaciones masónicas he llegado a la conclusión de que he sido un masón afortunado. Así lo ponen en evidencia los honores que he recibido de la Masonería chilena y de Grandes Logias extranjeras con las cuales he trabajado en representación de la Gran Logia de Chile, y los cargos de responsabilidad masónica que la generosidad de mis Hermanos fue imponiendo sobre mis hombros.

Hace pocos años recordé aquí algunos hechos relevantes de mi vida masónica. Apelo a la tolerancia de quienes ya los escucharon, por tener que oírlos nuevamente, pues me he visto en la necesidad de reproducirlos en esta oportunidad, por la trascendencia que les atribuyo en la formación de mi personalidad.

Recibo esta medalla cuando ya han transcurrido 68 años desde aquel 24 de Septiembre de 1946, en que esta querida y Respetable Logia “Cóndor” N° 9 me entregó la luz masónica en una ceremonia probablemente inédita en la historia de la masonería chilena. Tres hijos de masones, Humberto Álvarez Johansen, Brenio Onetto Bächler y yo fuimos iniciados ese día en una Tenida presidida por nuestros respectivos padres: el QH.: Humberto Álvarez Suárez, ex V.:M.: del Taller, desde el sitial del V.: M.:; el Q.: H.: Enrique Onetto Aguilar, Primer Vigilante de la Logia, desde su sitial; y el QH.: Francisco Jara Carrasco, desde el sitial del Segundo Vigilante. Mi padre, ex V.:M.: de la Resp.: Logia “Honor y Lealtad” N° 33 del Valle de Los Ángeles, había venido desde esa ciudad especialmente invitado para asistir al evento y ocupar el sitial del Segundo Vigilante.

Fue una hermosa ceremonia, cargada de una gran emoción.

El Ritual de Iniciación, la presencia del Gran Maestro y Grandes Dignatarios; la asistencia de numerosos Hermanos que repletaron el Gran Templo de la antigua Casa Masónica entonces ubicada en la Alameda frente a la Biblioteca Nacional; la sorpresa de ver en las Columnas a algunos de mis Profesores de la Escuela de Derecho; la fraternal acogida que nos brindaron los Hermanos al

término de la Tenida y los emotivos discursos con que fuimos recibidos en el ágape, me dejaron la sensación de que me había enrolado en una Institución de carácter humanitario y ético, cuya principal misión consistía en promover el perfeccionamiento cultural y moral de sus miembros; luchar por la libertad de conciencia y expresión; combatir los fanatismos, la intolerancia y los privilegios; impulsar la redención de los oprimidos, estimular la búsqueda de la verdad y practicar la fraternidad.

Cada época tiene sus propios afanes. Llegué a la Orden Masónica cuando recién se apagaban los estruendos de la Segunda Guerra Mundial; cuando surgía de ella un mundo lleno de esperanzas de que nunca más ocurriría una hecatombe de tamaña envergadura; cuando las naciones y los pueblos valoraban la libertad que se había conquistado en los campos de batalla con tanto sacrificio de vidas humanas; cuando en Chile, que no había escapado a los desoladores efectos de la conflagración, se acentuaba la conciencia de que la libertad y la paz sólo pueden estar fundadas en la práctica de la democracia, en la elevación del nivel de vida del pueblo, en la eliminación de las discriminaciones sociales y de fortuna, en el término de los privilegios, en la educación del pueblo y en el trabajo remunerado con justicia social. Desarrollo económico y social con equidad, lo llamaríamos hoy.

La Carta de las Naciones Unidas recogía estos objetivos, por los cuales se había librado aquella guerra.

El Partido Radical expresaba políticamente los anhelos juveniles de gran parte de nuestros congéneres.

Al llegar a la Masonería, pronto percibí que aquellos anhelos tenían también una dimensión ética en la Institución que me acogía.

Se complementaba de esta manera el ámbito de mis inquietudes. La cruel realidad nacional despertaba en muchos de nosotros profundos afanes de redención social, que procurábamos promover en la acción política, y el Templo Masónico venía a aportarnos la serenidad y los fundamentos éticos para que esos afanes germinaran en frutos de mayor Libertad, mayor Igualdad y mayor Fraternidad.

Han pasado 68 años. Como dije en otra ocasión, el joven de entonces ya no lo es tanto. Pero me atrevo a pensar que mi permanencia en la Orden robusteció en mí aquellas juveniles inquietudes, enriquecidas luego con la aprehensión del acervo ético, filosófico y humanista contenido en los Principios, Rituales, Liturgia y Símbolos de la Francmasonería. Por ello le soy deudor de gratitud.

Bien sabemos ahora que la Orden Masónica no posee un sistema filosófico o metafísico que nos proporcione una teoría o una explicación del origen del Universo, el sentido del ser y de su destino; sino que es una construcción abierta, que no entrega verdades, pero nos coloca en el camino para buscarla, y nos proporciona las herramientas para hacerlo. Es otro de los múltiples aportes que he recibido de la Francmasonería.

Jamás imaginé en aquellos años que la Orden podría ejercer en mí una influencia, cuyos resultados no me corresponde evaluar, pero que puedo asegurar ha contribuido a conformar mi personalidad con valores éticos, morales, políticos, sociales y culturales que me han permitido transitar por la vida con la sensación de ser un hombre de espíritu libre, mente abierta, tolerante, profundamente comprometido con la justicia social y la búsqueda incesante de la verdad.

Tampoco imaginé en aquel año de 1946 que la Masonería, y especialmente la generosidad y la fraternidad de mis Hermanos, me otorgarían tantas responsabilidades y honores como los que he recibido durante mi vida masónica.

Hoy, la Gran Logia de Chile ha encomendado a mi muy querida Logia “Cóndor” N° 9 entregarme esta medalla que en si misma constituye también un homenaje. Los recibo con la convicción de que son un reconocimiento a la adhesión, sin reservas, que durante estos años he entregado a la Orden. Los llevaré con orgullo y los honraré perseverando en la gran tarea de convertir en acción los valores que hace 68 años abracé con entusiasmo juvenil y que hoy reafirmo con serena madurez, pero con el mismo fervor.

Santiago, 10 de diciembre de 2014.